

¿Por qué no volvés a Praga, Muñeco?

No era una pregunta, era una exhortación que Odradek no supo cómo responder. El nombre de aquella ciudad donde había andado durante quién sabe cuanto tiempo, el recuerdo de su amigo K. y de las tropas de soldados alemanes, el tumulto de los últimos que huían de los invasores, convertían sus recuerdos en algo parecido a un sueño.

Tirado sobre el asiento de un taxi escuchó a una señora que parloteaba con alguien que se llamaba Matilda y le contaba, casi sin aliento, como su amiga Gabriela encontró a su “amigo con derecho a cama” con otra mujer. Eso pasa, dijo la señora, porque hablan de cualquier manera, porque el desgraciado juró entender que ella le prestaba la cama para que retozara, mientras estaba fuera de su propia casa, donde el vivanco se había instalado. Ella no le creyó, claro, pero como lo quería... hablan retorcido, cada palabra la sustituyen por otra cualquiera que oculte de que se trata. Perdoná, pero encamarse con ella no tiene nada que ver con que se encame con otra en su cama.

El taxista sonreía como si fuera el personaje del cuento de la señora, tan expresiva y necesitada de seguir con sus elucubraciones. Nadie parecía responder del otro lado.

Odradek había observado que desde temprano iban pegados al celular y se jactaban -así, en general- de ser el país con la mayor cantidad de estos aparatos. Hasta las campañas políticas se hacen con aparatitos donde cada uno se presenta como ingenioso, decidido, jovial hasta lo insoportable.

Nadie cree, pero se arrullan con esta música.

Odradek había observado que desde temprano iban pegados al celular y se jactaban - así, en general- de ser el país con la mayor cantidad de estos aparatos. Hasta las campañas políticas se hacen con aparatitos donde cada uno se presenta como ingenioso, decidido, jovial hasta lo insoportable. Nadie cree, pero se arrullan con esta música.

En su época en el campo Odradek había visto retorcer alambre, pero no podía imaginar qué era hablar “retorcido” -palabra que escuchó en el parloteo de la señora- y mucho menos qué era encamarse. A Odradek le había tocado estar en muchas camas, siempre ajenas, pero estaba seguro de que no se había encamado nunca. ¿Qué era exactamente?. “Abrazado a la otra”, seguía la señora. Eso sí, lo había visto hacer, pero la única vez que quiso abrazar a una mujer que se mostró cariñosa, fue rechazado con fastidio: “Me vas a enredar con esos piolines”. Odradek no era como los demás.

Al bajar del taxi la señora lo arrastró por el asiento. Casi asfixiado planeó hasta la cuneta, en una calle de un barrio desconocido. “Rajá, Muñeco”, le dijeron alguna vez. Acá cualquiera te usa para envolver huevos y los atan con tus propios piolines.

Germán GARCÍA

Antes yo era

Antes, yo era un ser humano. Tenía acceso a los olores, los colores, los sonidos, las formas, los sabores, ante mí desfilaban las personas, ocurrían las cosas. Se apoderaban de mí las emociones, a veces no siempre- tenía ideas. Luego, se me ocurrió leer libros, y poco a poco elegí, más que el sonido, la palabra que simboliza el sonido, más que el color, la palabra que simboliza el color, más que el olor, la palabra que simboliza el olor, más que el sabor y el tacto, las palabras que simbolizan sabores y tactos. No conocí personas, conocí sucesiones de palabras estampadas en olorosa tinta que describían personas; elegí no padecer el miedo, sino descifrar la narración del miedo; creí pensar, cuando sólo conectaba entre sí palabras que describían los pensamientos de otros. Poco a poco los objetos en mi universo se fueron sustituyendo por palabras: la progresión del tiempo, por el sucederse de períodos; mi conciencia de existir, por un vasto olor a papel y a tinta, a veces a grafito, a veces a cueros, a veces a cola. Alrededor de mí construí los muros de libros y al final no sé cómo entré en ellos me dirigieron me asimilaron me absorbieron golosamente, secamente, y yo sólo trataba con polillas.

Ahora soy esto. He mirado lo que era mi mano y sólo veo unas palabras que dicen antes era un ser humano. No hay antebrazo, sólo veo otras palabras que dicen: tenía acceso a los olores, a los colores. Así, en parques vocablos se va agotando mi cuerpo: donde dice poco a poco los objetos en mi universo se fueron sustituyendo, es el ombligo; y la conciencia, la conciencia, son las palabras de este párrafo que dicen ahora soy esto, estas líneas en que me defino, sólo palabras, sólo tintas, sólo papeles, yo que era un ser humano, concluyo aquí, ahora. Ahora, no soy sensaciones, no soy ya emociones, no soy ya tripas, algo me ha ocurrido, palabras, nada más que palabras, ahora soy esto....”

Luis BRITTO GARCÍA

Extraído de Ojos de aguja - Antología de microcuentos

Inseguridad

Pasó en el taller literario de Juan Diego. Esa tarde estaban Alicia, Mabel con su hija Viviana y Sebastián.

Sonó el timbre, abrió Juan Diego y enseguida el hombre con un pasamontañas negro de lana que le cubría todo el rostro menos los ojos y la boca, estuvo dentro de la habitación. Hizo una seña con la mano para que los demás se quedaran como estaban, sentados alrededor de la mesa. Luego se señaló justo encima del cinturón haciendo ver la culata negra del revólver que asomaba.

-Quietitos que si se portan bien no les va a pasar nada.

Entonces comenzó a revisar. Se calzó unos anteojitos de presbicia por encima del pasamontañas y tomó uno por uno a los cuadernos. Primero el de Alicia, luego el de Sebastián. Leía en voz baja, seguramente memorizaba cada palabra. No hacía anotaciones, era muy profesional. Mabel y Viviana esperaban abrazadas que terminara con sus cuadernos.

- Por Dios, lea lo que quiera pero no nos haga nada -imploró Alicia.

El desconocido terminó de leer y le pareció poco. Se puso violento. Quería más, dijo que les propondría una consigna sencilla a ver si podía aumentar el botín:

-Inventen un animal imaginario -habló.

Sebastián para salir del paso puso cara de pensar y al ratito dijo con voz temblorosa:

-Ya sé: el cordero vegetal de Tartaria. Es una planta con forma de cordero.

El ladrón se enfureció.

-Eso no es tuyo. ¿te creés que soy boludo yo? Es el Borametz, de *El libro de los seres imaginarios* de Borges- dijo, y de un manotazo le rompió una hoja del cuaderno y después se metió con Mabel. Se burló de su poesía *Caricias de espuma*. Mabel comenzó a llorar. Ahí fue cuando intervino Juan Diego.

-Respetá. No te metás con la poesía.

El hombre se le acercó peligrosamente a Juan Diego, pero en ese momento algunos ruidos en el pasillo lo convencieron de huir antes de quedar atrapado en esa ratonera. Sacó unos precintos de plástico de los bolsillos y los ajustó alrededor de los cuadernos, tan fuerte que el plástico se hundió en los forros papel araña.

-Quietitos. Van a recitar lentamente *Desde la torre* de Francisco de Quevedo. Si alguno se da vuelta o se mueve antes del último verso, vuelvo y les violo el derecho de propiedad intelectual.

Comenzaron a coro y con una cadencia escolar “Retirado en la paz de estos desiertos...”

El hombre abrió la puerta despacio y salió al pasillo, se alejó mientras escuchaba: “En fuga irrevocable huye la hora...”

Roberto GÁRRIZ

Corre, Ramona, Corre...

Es posible que fuese la carrera cinematográfica de su vida, aunque en ese momento sólo quería alcanzarla. Ramona iba muy rápido por Senador Morón y él quería ver la película, que estaba en su mejor momento cuando tuvo que salir tras ella..... Pasaría mucho tiempo desde aquel octubre para que pusiese aquella escena en la moviola. Tenía doce años recién cumplidos entonces y la miró sin saber qué decir mientras serenaban la respiración.

París-Buenos Aires-Santiago del Estero, demasiada distancia, demasiadas similitudes y el tiempo que siempre vive entre la realidad y la ficción dimensiona el desconcierto, dándole la razón a aquella carrera de quince años atrás.

Final del trayecto que se había iniciado con la imagen de Annie Oakley que disparando, inmensa, sus dos pistolas hacia la platea, desde una escenografía que seguramente remitía a su Santiago, la obligó a correr. No había más nada del otro lado y se inscribió en la vida real.

No era el autor y no supo cómo siguió la vida de Ramona, que suponía habría

superado las trenzas... No. No. Definitivamente no era Truffaut ni ella su Antoine Douanel y no podía prepararle una saga, pero eran carreras parecidas. Porque el de ella no era el susto ante la versión visual de un sueño, sino frente a la apabullante sensación de realidad de la que igualmente quedaron impresionados los que compartían con Méliés la improvisada platea de aquél 28 de diciembre en París.

Una paradoja al menos en esto: Jean Jaurès había entendido al nuevo espectáculo como el Teatro del proletariado, tal vez influenciado por “Salida de los obreros de la fábrica Lumière”...

¿Ramona, era una proletaria que huía de su propio teatro? No.

Si es cierto que Lumière eligió aquel día de Los Santos Inocentes para burlarse de los que no creían en su anunciado descubrimiento, Ramona era una inocente. Una inocente que, por creer, celebraba aquél descubrimiento con su carrera sin travelling hasta la esquina de la rotisería: inmejorable acto de homenaje a la esencia de la reproducción del movimiento de la vida.

Fragmento del cuento que integra el libro de próxima edición Un café, apenas cortado (historias de película)

Claudio SUAYA

Final del recorrido

Nos subimos a un colectivo de la línea 194 Plus tentadas por lo que habíamos visto desde afuera a pesar de la oscuridad interior de los coches: asientos nuevísimos y confortables, pocos pasajeros siempre sentados, cortinas... a eso se sumaba la velocidad asegurada por la escasa cantidad de paradas y el aire acondicionado. Pero lo que más le había llamado la atención a mi hija, motivo por el cual me había insistido hasta el cansancio en que cuando fuéramos para Plaza Italia tomáramos el 194 Plus, habían sido los ojos del colectivo. Es un detalle gracioso que tienen todos los micros de la línea: en el panel luminoso delantero, el que va de lado a lado del coche y se ubica justo encima del conductor, donde se indica a los transeúntes el número de colectivo y las estaciones terminales, aparecen cada cierta cantidad de segundos un par de ojos gigantes de color azul que se abren y se cierran para luego desaparecer dando paso a los números y las letras que brindan la información consabida. Eso y el colorido del exterior, propio de una invitación a una fiesta infantil.

El micro olía a nuevo, a viaje largo. Comprobamos también que dentro no había ningún tipo de luz artificial y que la que entraba de afuera llegaba apaciguada por los vidrios polarizados. Pagué los boletos, que cuestan dos pesos, se vaya hasta donde se vaya, y nos acomodamos en el asiento largo del fondo. No estábamos solas, bastante más adelante iba un señor de mediana edad que parecía dormido.



En el bar - Nora MARTÍNEZ

A las tres cuerdas mi hija ya se había quedado dormida, su cabeza apoyada sobre mi falda. Íbamos por Pueyrredón cuando vi una sombra acercándose a nosotras e instintivamente tomé a la pequeña por los hombros. No nos habíamos detenido nunca así que supuse que era el hombre que había visto antes, el único pasajero que nos acompañaba. Se sentó al lado y comenzó a decirme algo en un susurro (le entendí poco, eran preguntas, por qué, las dos solas, a quién se le ocurre) y lo vi perfectamente tomando a mi hija de una pierna. Desesperada, grité pidiendo ayuda y con fuerza intenté arrebátarsela acercando el cuerpecito de ella al mío. Suplicándome que me callara, el hombre se paró, me puso una mano en la boca y con la otra me tomó por la cintura y me corrió hacia el pasillo. Comencé a arañarlo, a pegarle por donde podía. Él se alejó de mi hija con la idea de defenderse de mis golpes y entonces la vi desaparecer, absorbida por el mullido asiento, con los ojos apenas abiertos, despertando. Fue un instante y ya no quedaba rastro de mi chiquita, apenas algo en el aire, un perfume dulce que sólo yo podía identificar.

El hombre me soltó y sin ocultar su desaliento me dijo "ya está, olvídese de ella". Caí de rodillas sobre la alfombra azulada, todavía impecable, del pasillo. El chofer avisó que ese era el final del recorrido, frenó y el colectivo lanzó un bufido de satisfacción.

Yanina BOUCHE

Un encuentro de locos lindos

El invierno destemplaba hasta el alma, la casa ya le quedaba grande y Yoshie buscaba entre sus recuerdos alguno que la acompañara en esta nueva etapa. Adolescente en cuestiones de vivir sola, de dormir y amanecer sola desconociéndose en esa caja aún confortable no se decidía aún a salir.

Mar, la hija mayor le propone conocer a alguien con quien ella había trabado amistad en el verano.

Una verdadera locura intentar unir virtualmente a dos seres que ni se conocían, ni necesitaban conocer a nadie. De hecho la letra de Fito encontró un espacio argumental muy especial, esa letra les venía como anillo al dedo, -yo no buscaba a nadie y te vi, (por Facebook)- .

Se conocieron por Facebook, se escribieron y avanzaron un tramo arrimando soledades, se escribieron, se respondieron, se propusieron, ...de todo, y no todo por esta vía.

Se conocieron la voz por Skype, se gustaron los tonos, los sonidos de la voz, de las palabras saliendo del micro de uno y entrando por el micro del otro. Empezaron a reírse, a contarse, a encontrarse y también a desencontrarse.

Como cualquier pareja hasta llegaron a reprocharse ...ella más que él, se mintieron ...él más que ella. Del micro también salió alguna libido perdida por ella ...y que encontró eco favorable en la erótica masculina que Lobo recibió con gusto.

Lobo no abandonaba ni su monte ni su video, y retozaba contento con el clima primaveral. A lobo le gustaba la experiencia y a Yoshie también. Estaban extasiados con la experiencia... un hombre y una mujer se mirarían por primera vez, se tocarían por primera vez, enlazarían sus olores, sus colores y su piel.

¿El lugar? Aeroparque... un encuentro, sólo eso, nada más ni nada menos que eso. A los sesenta ambos se animaron.

Ella seguirá durmiendo sola, y él también pero con Fiona (su perra)... y este tramo de libidos cruzadas será un buen recuerdo.

Adriana KATSUDA

- Bueno, ¿cómo te llamas?
- Odradek- dice él.
- ¿Y dónde vives?
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Hombre de letras

Sucede a veces que un personaje - hombre por ejemplo, casi siempre hombre, protagonista de algún escrito medianamente extenso (en un relato corto no viene a cuento)- se niega de algún modo a ser nombrado por su autor.

Insiste con su presencia anónima desplazándose tal vez con alguna dificultad y, siendo que podría aceptar un nombre, no cualquiera, pero sí alguno que coincidiera con su fisonomía con cuya descripción se ha dejado contornear, y acaso sostener, se niega. Se niega a recibir un nombre. Prefiere seguir siendo sólo el hombre. El hombre que se acerca a la ventana, el hombre que sintió deseos de seguirla, el hombre que presintió la llamada. Manifiesta así no tan aiosamente su negativa como su negativo.

Con un sencillo acto de decisión, si permitiera ser nombrado, admitiendo que un nombre habita un escenario más que un sitio, pero también un sitio en el universo de las palabras, el hombre bien podría quedar desde entonces ubicado. Ubicable. En otros ámbitos, además.

Al ser dicho su nombre, al saberse convocado por un sonido que hablara de él, que de algún modo expresara su alma, que lo hiciera partícipe inequívoco de sueños y fantasías, podría expandirse, aun con pequeños movimientos, merced a esas ondas que suelen exudar algunos cuerpos, reflejos tal vez, espejos del conocimiento. Ondas planas, superficies que no toleran la expectativa táctil, pero donde sin embargo pueden leerse los posibles días que no han de ser, tan sólo, ése de ahí.

Teniendo un nombre, siendo poseedor de un nombre, no porque hiciera falta hacer de su nombre su bandera, un hombre puede establecer sus lugares en los distintos renglones que van apareciendo a su paso, dominar con rapidez y soltura el campo variable de los espacios propuestos; -vamos:- inclusive alcanzar una cierta consistencia traslúcida o clarificada en oposición a la opacidad relativa de los que emergen en su entorno, ramificados, enredados, necesarios en un punto.

No obstante, puede suceder y de hecho sucede, que un hombre solo -solo, sin nombre- considere irreprochable hilvanar cada vez, el suspenso de su existencia en los capítulos de su historia.

Nora MARTÍNEZ

No mires el cielo

Sabía que se iba a morir. No lo supo por las manchas violáceas que se extendían por el cuerpo desprolijamente desde el verano. Tampoco por la ropa que comenzó a quedarle holgada a medida que pasaban los meses. La respuesta le llegó como un grito cuando atendió el teléfono y reconoció que la voz que le hablaba era la de Ángela. Desde pequeña su voz era nítida e intensa. Podía provocar a los pájaros para que cantaran con ella debajo del limonero de la galería. Hacía veintisiete años que no sabía de ella.

Cuando Hernán decidió irse de Chascomús para instalarse en San Luis, le dijo a su madre que cuidara de Ángela, que él no podía ocuparse de ella.

Él la dejó de ver a los pocos días de haber cumplido siete años. Ese día amaneció nublado pero las nubes se alejaron unas de otras rápidamente, como si otra fuerza las obligara a separarse. Las miraba huir desde la ventana de la habitación de Ángela. Esa mañana Hernán cerró las cortinas del cuarto, le dio un beso en la frente y salió.

Después de reconocer aquella voz, no pudo evitar recordarla cortando las margaritas del patio. Las juntaba con las dos manos e intentaba enlazar obstinadamente ese pequeño ramo a su pelo. Ella lloraba cuando se caían al mínimo movimiento. A veces él las levantaba una por una, las unía y se las entregaba para evitar el llanto.

Ángela lo había buscado con más intensidad los últimos años. Su abuela la cuidó y le dijo que él tuvo que irse para buscar un trabajo estable; después que su salud era delicada y que le impedía viajar a visitarlas. Hasta que las excusas se acabaron y ella dejó de preguntarle.

El día del sepelio llovía. Las gotas pasaron de tener una consistencia espesa a transformarse en un brillo húmedo sólo perceptible al tacto. Unas pocas personas bajaban en silencio por la calle principal del cementerio, algunos eran amigos de Ángela y otros los parientes lejanos que sólo se reúnen para esos acontecimientos. A lo lejos se escuchaban los ladridos asustados de unos perros viejos mientras las nubes se disipaban. Después del resplandor comenzaron a llover margaritas del cielo.

Laura GIBILARO